

HISTORIA ALTERNATIVA DEL SIGLO XX

MÁS EXTRAÑO DE LO QUE CABE IMAGINAR



JOHN HIGGS

taurus
T

JOHN HIGGS

HISTORIA ALTERNATIVA
DEL SIGLO XX

MÁS EXTRAÑO DE LO QUE
CABE IMAGINAR

Traducción de Mariano Peyrou

taurus historia



www.megustaleerebooks.com

ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1. La relatividad](#)

[La eliminación del ónfalo](#)

[2. Modernismo](#)

[El impacto de lo nuevo](#)

[3. La guerra](#)

[Iza ese trapo](#)

[4. El individualismo](#)

[Haz lo que quieras](#)

[5. El ello](#)

[Debajo del asfalto está la playa](#)

[6. Incertidumbre](#)

[El gato está vivo y muerto al mismo tiempo](#)

[7. La ciencia ficción](#)

[Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana](#)

[8. Nihilismo](#)

[No me juego el cuello por nadie](#)

[9. El espacio](#)

[Venimos en son de paz de parte de toda la humanidad](#)

[10. El sexo](#)

[Mil novecientos sesenta y tres \(un poco tarde para mí\)](#)

[11. Los adolescentes](#)

[A uam ba buluba balam bam bu](#)

[12. Caos](#)

[Una mariposa bate las alas en Tokio](#)

[13. El crecimiento](#)

[El inversor de hoy no saca provecho del crecimiento de ayer](#)

[14. Posmodernismo](#)

[Resulta que tengo al señor McLuhan aquí mismo](#)

[15. La red](#)

[Un planeta de individuos](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas y fuentes](#)

[Bibliografía](#)

[Índice analítico](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

«Necesitábamos hacer lo que quisiéramos.»
KEITH RICHARDS

Para Lia, el giro argumental ocurrido tras los títulos de crédito del siglo XX, y para Isaac, la escena cinematográfica anterior al comienzo del juego del siglo

XXI.

Con todo mi amor.

Papá

INTRODUCCIÓN

En el año 2010, la galería Tate Modern de Londres organizó una retrospectiva del pintor posimpresionista francés Paul Gauguin. Al recorrer esa exposición, uno pasaba horas inmerso en la visión idealizada que tenía Gauguin de Tahití, al sur del Pacífico, a finales del siglo XIX. Aquel era un mundo de un colorido vívido y una sexualidad libre de culpa. Los cuadros de Gauguin no distinguen entre la humanidad, la divinidad y la naturaleza, de modo que cuando uno llegaba al final de la exposición sentía que comprendía el Edén.

Entonces, los visitantes pasaban a la sección de la Tate dedicada al siglo XX. No había nada que los preparase para la brutal experiencia que suponía ese cambio.

Allí estaban las piezas de Picasso, Dalí, Ernst y muchos otros. Uno se preguntaba de inmediato si la iluminación era distinta, pero eran las obras de arte las que hacían que la sala pareciera más fría. En la paleta de colores predominaban los marrones, grises, azules y negros. En algunos lugares aparecían salpicaduras de un rojo fuerte, pero de una manera que no proporcionaba ningún alivio. Con la excepción de un retrato tardío de Picasso, los verdes y los amarillos estaban completamente ausentes.

En esos cuadros se veían paisajes extraños, estructuras incomprensibles y sueños angustiosos. Las pocas figuras humanas que había eran abstracciones, formas, y no tenían ningún contacto con el mundo de la naturaleza. Las esculturas eran igualmente hostiles. Un ejemplo era la pieza *Ca-deau* [Regalo] de Man Ray, una plancha con unos clavos

saliendo de su base para dejar hecha jirones cualquier tela que uno intentara planchar.

En el estado de ánimo creado por las visiones de Gauguin, el encuentro con todo esto no resultaba agradable en absoluto. En esa sala no había compasión. Habíamos entrado en el reino abstracto de la teoría y los conceptos. Viendo directamente de unas obras que hablaban al corazón, el cambio súbito a unas obras orientadas exclusivamente a la cabeza era bastante traumático.

Los cuadros de Gauguin llegaban hasta su muerte, en 1903, de modo que podríamos haber esperado que la transición a la parte del museo dedicada al siglo XX hubiera sido más suave. Es cierto que su obra no es nada representativa de su tiempo, y que solo comenzó a ser apreciada ampliamente después de su muerte, pero en cualquier caso esa transición tan brusca nos obliga a plantearnos una pregunta muy sencilla: ¿qué demonios le sucedió a la psique humana a comienzos del siglo XX? La Tate Modern es un lugar muy apropiado para hacerse esta clase de preguntas, ya que es una especie de santuario del siglo XX. El significado de la palabra «moderno», en el mundo del arte, siempre estará asociado con ese periodo. Vista bajo esa luz, la popularidad de este museo revela tanto nuestra fascinación por ese periodo como nuestro deseo de comprenderlo.

Había una antecámara que separaba ambas exposiciones, y su pieza más llamativa era un boceto de una ciudad industrial del siglo XIX, obra del artista italogriego Jannis Kounellis, dibujada al carboncillo directamente sobre la pared. Este boceto era bastante minimalista y no incluía figuras humanas. Encima tenía colgados una urraca muerta y un cuervo encapuchado, sujetos a la pared por medio de flechas. No estoy seguro de qué estaba tratando de expresar el artista, pero para mí aquella habitación servía de advertencia sobre la sala a la que uno iba a entrar a continuación. Hubiera sido más atento, por parte de la Tate Modern, emplear esa habitación como una especie de cámara de descompresión, para evitar que los visitantes, debido a las

obras de arte que iban a ver, sufrieran un síndrome similar al que aqueja a los buzos.

Los pájaros muertos, según indicaba el texto que acompañaba la obra, «se han considerado como símbolos de la agonía de la libertad imaginativa». Pero en el contexto en que estaban, entre Gauguin y el siglo XX, surge otra interpretación que parece más adecuada. Fuera lo que fuera lo que había muerto encima de aquella ciudad industrial del siglo XIX, no fue la libertad imaginativa. Por el contrario, ese monstruo estaba a punto de surgir de las profundidades.

Hace poco estaba comprando unos regalos de Navidad y entré en mi librería habitual en busca de un libro de Lucy Worsley, la historiadora favorita de mi hija adolescente. Si uno tiene la suerte de ser padre de una hija adolescente que tiene una historiadora favorita, no necesita hacer nada para fomentar este interés.

Los libros de historia estaban en el rincón más recóndito de la cuarta planta, en lo más alto del edificio. Daba la impresión de que la historia fuera el relato de unos ancestros enloquecidos que debiéramos ocultar en el desván, como esos personajes de *Jane Eyre*. No tenían el libro que yo buscaba, así que saqué el teléfono para comprarlo *online*. Quise cerrar la aplicación de un periódico que tenía abierta, apreté el icono equivocado y, sin querer, hice que empezara un discurso que había dado Obama unas horas antes. Estábamos en diciembre de 2014, y estaba hablando de si el *hackeo* a Sony, del que el presidente estadounidense responsabilizaba a Corea del Norte, debía considerarse un acto de guerra.

Cada cierto tiempo ocurre algo que me hace pensar en lo extraña que puede llegar a ser la vida en el siglo XXI. Ahí estaba yo, en la ciudad inglesa de Brighton, sujetando un delgado artilugio de cristal y metal construido en Corea del Sur, que funcionaba con *software* norteamericano y que podía mostrarme al presidente de Estados Unidos amenazando al líder supremo de Corea del Norte. De repente me di

cuenta de lo distinto que era el comienzo del siglo XXI de cualquier época anterior. De toda esta anécdota, ¿qué habría resultado más increíble a finales del siglo pasado? ¿Que existiera ese artilugio que me permitía ver al presidente de Estados Unidos mientras iba de compras? ¿Que la definición de «guerra» hubiera cambiado tanto que ahora incluía poner en una situación embarazosa a los ejecutivos de Sony? ¿O que los compradores que me rodeaban hubieran aceptado con toda naturalidad la milagrosa retransmisión que yo había hecho involuntariamente?

En ese momento me encontraba junto a la sección de historia del siglo XX. Había algunos libros maravillosos en las estanterías, gruesos volúmenes llenos de detalles sobre el siglo del que más sabemos. Esos libros funcionan como un mapa de carreteras; pormenorizan el viaje que emprendimos para llegar al mundo en que vivimos ahora. Cuentan una historia claramente definida de los grandes movimientos del poder geopolítico: la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, el siglo americano y la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, esa historia no logra explicarnos el paso al mundo actual, en el que nos encontramos a la deriva en un sistema de vigilancia constante, con una competencia insostenible, entre tsunamis de datos banales y oportunidades extraordinarias.

Imaginemos que el siglo XX es un paisaje que se extiende ante nosotros. Imaginemos que los acontecimientos históricos son montañas, ríos, bosques y valles. Nuestro problema no es que esta época esté oculta a nuestra vista, sino que sabemos demasiado sobre ella. Todos sabemos que en este paisaje se hallan las montañas de Pearl Harbor, el *Titanic* o el *apartheid* de Sudáfrica. Sabemos que en su centro se encuentran el páramo desolador del fascismo y la incertidumbre de la Guerra Fría. Sabemos que la gente de este territorio puede ser cruel, que está desesperada, que vive con miedo, y sabemos por qué. Hay mapas, catálogos y documentos que dan cuenta minuciosamente de cómo es

dicho territorio, hasta un punto que puede resultar abrumador.

Cada uno de los libros de historia que tengo delante recorre un sendero diferente a través de este territorio, pero esos senderos no son tan distintos como podría imaginarse. Muchos están escritos por políticos o periodistas políticos, o tienen una fuerte orientación política. Desde su punto de vista, fueron los políticos quienes definieron ese problemático periodo, por lo que siguen un sendero que cuenta así la historia. Otros libros han analizado senderos que atraviesan el arte o la tecnología de la época. Tal vez estos sean más útiles, pero puede parecer que son demasiado abstractos, que se encuentran alejados de la vida humana. En todo caso, aunque estos senderos difieren, también convergen en autopistas muy transitadas.

Encontrar un sendero distinto para recorrer este territorio es un reto formidable. Un viaje a través del siglo XX puede parecer una empresa épica. Los valientes aventureros que se embarquen en ella deberán enfrentarse, en primer lugar, con tres gigantes llamados Einstein, Freud y Joyce. Deberán pasar por el bosque de la indeterminación cuántica y por el castillo del arte conceptual. Tendrán que evitar a las gorgonas de Jean-Paul Sartre y Ayn Rand, cuyas miradas pueden convertirlos en piedra, desde el punto de vista emocional, si no desde el físico, y deberán resolver los enigmas de las esfinges de Carl Jung y Timothy Leary. Y entonces es cuando las cosas se ponen verdaderamente complicadas. El desafío final es superar como sea la ciénaga del posmodernismo. Si somos sinceros, no se trata de un viaje muy apetecible.

Muy pocos de los aventureros que abordan el siglo XX logran atravesar el posmodernismo y pasar al otro lado. Lo más habitual es que admitan su fracaso y se retiren al campamento base. Esta es la concepción del mundo que había a finales del siglo XIX, justo al lado de la frontera: un territorio seguro y amigable. Nos sentimos cómodos con los grandes descubrimientos que hubo hasta entonces. Las in-

novaciones como la electricidad o la democracia nos parecen comprensibles y las asimilamos sin problemas. Pero ¿es ese realmente el mejor lugar en el que podemos estar? El siglo XXI no va a tener ningún sentido si lo miramos con ojos del XIX.

El territorio del siglo XX incluye zonas oscuras, bosques espesos y profundos. Los senderos establecidos suelen evitar estas zonas; las visitan brevemente y se escapan en cuanto pueden, como si temieran quedarse enredados ahí. Son zonas como la relatividad, el cubismo, la batalla del Somme, la mecánica cuántica, el ello, el existencialismo, Stalin, la psicodelia, la teoría matemática del caos y el cambio climático. Tienen fama de parecer difíciles al principio e ir volviéndose cada vez más confusas a medida que uno las estudia. Cuando aparecieron por primera vez, eran tan radicales que para poder entenderlas hacía falta cambiar sustancialmente la imagen que uno tenía del mundo. En el pasado parecían aterradoras, pero ya no es así. Somos ciudadanos del siglo XXI. Hemos dejado atrás el ayer. Estamos a punto de encontrarnos con el mañana. Podemos atravesar los oscuros bosques del siglo XX sin nada que temer.

Este es, pues, nuestro plan: vamos a emprender un viaje por el siglo XX, durante el cual nos saldremos de las autopistas principales y nos dirigiremos hacia los bosques oscuros en busca de tesoros ocultos. Somos conscientes de que un siglo es un periodo de tiempo arbitrario. Los historiadores dicen que el siglo XIX fue largo (1789-1914) y que el XX fue corto (1914-1991), porque estos periodos tienen principios y finales muy claros. Pero para nuestros propósitos, los límites del siglo XX funcionan bien, porque nuestro viaje comienza cuando las cosas dejaron de tener sentido y nos lleva hasta el presente.

Si queremos llegar a buen fin, tendremos que ser selectivos. Hay millones de temas que valdría la pena incluir en un relato de este periodo, pero no podemos ir muy lejos si nos detenemos en todas nuestras cuestiones favoritas llevados por la nostalgia. Hay mucha literatura fascinante e intermi-

nables debates sobre cualquier asunto que nos podamos plantear, y deberemos evitar a toda costa perder demasiado tiempo con ellos. Tenemos que cumplir una misión; no estamos en un viaje de crucero. No partimos como historiadores, sino como viajeros curiosos, o como aventureros con un itinerario previsto, ya que nos embarcamos con una idea muy clara de a qué vamos a prestarle atención.

Nuestro plan es observar lo que fue verdaderamente nuevo, inesperado y radical. No nos preocupan los efectos colaterales de estas ideas, así que se puede dar por sentado que todo lo que examinaremos provocó en su día un gran escándalo, causó indignación y fue objeto de furiosas denuncias por parte del statu quo. Estas reacciones son una parte importante de la historia, pero si nos centramos en ellas podemos perder de vista lo esencial y novedoso. A lo que prestaremos atención es a la dirección hacia donde apuntan estas nuevas ideas; de un modo muy coherente, apuntan en una dirección similar.

A todas las generaciones les ocurre que hay un momento de la vida en el que la memoria se convierte en historia. El siglo XX está desvaneciéndose en la distancia y ahora podemos empezar a verlo con cierta perspectiva. Los acontecimientos que tuvieron lugar en ese periodo dan ahora la impresión de pertenecer a la categoría de la historia, por lo que es el momento adecuado para evaluarlos.

Aquí, entonces, comienza una ruta alternativa a través del paisaje del siglo XX. Su objetivo es el mismo que el de todos los senderos: llevarnos a donde estamos yendo.



UNO: LA RELATIVIDAD

Albert Einstein en Chicago, c. 1930 (Trascendental Graphics/Getty).